

Exposición personal de arte contemporáneo

MARIA FERNANDA CUARTAS

La inquietud del ángel

Ser o por lo menos tender a ser canal de comunicación y enlace entre mundos interconectados pero separados es un hecho que caracteriza la esencia misma del artista. De hecho ¿qué es el artista, todo verdadero artista, si no el mensajero de algo que ignoramos: él que traduce en la dimensión sensorial lo que de otra forma los sentidos no percibirían? El artista abre pasajes a lo invisible, a la dimensión espiritual, filosófica de lo real, para que sea posible a través de esos pasajes penetrar y ver otros mundos, que de otra forma serían precluidos.

Por tanto el artista es el mensajero, el ángel que anuncia el otro lugar, aquel otro lugar al cual él también pertenece mientras queda al mismo tiempo a este lado para garantizar el pasaje y vive, ni más ni menos que otro hombre u otra mujer, en este nuestro mismo mundo.

Uno de estos mensajeros se revela a través de las obras de un artista muy especial, la pintora María Fernanda Cuartas, ordenadas para su exposición en el Museo Nacional de Villa Pisani.

Cuartas llega a Italia desde su país de origen, Colombia, donde es considerada entre los artistas más cotizados, y presenta al público italiano una colección de obras que han sido realizadas – aparte dos del 2013 – durante el corriente año 2015 y que constituyen el fruto maduro de una evolución estética que remonta a casi dos décadas de trabajo y de investigación.

La artista colombiana ha hecho un recorrido marcado por magníficas etapas, como el reconocimiento en clave contemporánea de una de las máximas obras maestras de todos los tiempos, *Las meninas* de Velásquez, alrededor y dentro la cual María Fernanda Cuartas ha desarrollado compenetraciones que nos traen los resultados de una consunción de la figura humana en su misma esencia, cuando ella abdica a la autoconciencia de sí y se abandona al fluir abrumador del mundo. Y es justamente reconociendo esta consunción que la artista hace primero que todo las cuentas con sí misma, con su capacidad de autoanálisis y de conciencia de su ser en lo real, poniendo en juego el mismo rol del actuar artísticamente, para abrir a

quien ve la posibilidad de alargar la mirada justamente en este mirarse y ser mirado (por tanto hay también el rol central del espejo en el cual aparecen los soberanos desflorecidos y reducidos a sombras, insistentemente vuelto a proponer como amonestación a la *vanitas vanitatum* del poder).

Se trata no obstante de una operación de suma delicadeza que implica el riesgo de la malinterpretación, de la incompreensión de un mensaje que, si bien se erige sobre los hombros de un gigante como Diego Velásquez, encuentra y desarrolla su propia originalidad en la búsqueda de nuevas y múltiples direcciones. En realidad Velásquez, más que citado, viene de hecho mirado y observado exactamente como él pide ser mirado a través de su obra maestra y de esta mirada María Fernanda Cuartas nos da cuenta en este trabajo alrededor de *Las meninas*.

Una mirada que podemos definir valiente e inquieta a la vez, gracias a la conciencia que el auténtico artista posee de la osadía contenida en cada obra finalizada a decir de la realidad más de cuanto ella, en su sustancial incomunicabilidad, aparentemente quiera y pueda transmitirnos. Es la osadía del anuncio de un misterio que debe ser acogido y visto como todo anuncio que desubica respecto a lo que ya hemos visto, hemos dicho, hemos experimentado. Y que implica para el ángel una condición de estar en este mundo sin pertenecer a él, con toda la inquietud y a veces la angustia que esta condición implica.

Es ahí donde se llega a las obras de la exposición, y cada una debe ser considerada como una puerta a través de la cual acceder a lo que podemos entrever de una realidad más real de aquella que sin los ojos del arte no podríamos ver: de esta forma se despliega la misión del ángel, que revela el mundo más allá de las apariencias.

De eso deriva el reconocimiento de la plena madurez en la operación artística que María Fernanda Cuartas realiza en este ciclo de obras que, cada una en una dirección diversa, despliega fundamentales significados y guiños. Un indicio seguro son los títulos mismos de las obras, que siempre reenvían a otras obras, a un más allá, a una especie de misterio, al universo del sueño, pero sobretodo el

resultado perfecto de la representación arrastra a quien mira irresistiblemente (de la misma manera en la cual hemos visto a Cuartas arrastrada por Velásquez).

La pintura *Desdoblamiento* es de alguna manera su arquetipo y paradigma. En ella la figura humana, vuelta esencial en una especie de proceso metafísico al estilo de De Chirico, se desdobra, se multiplica, se persigue, se compenetra hasta volver al mismo tiempo contenedor y contenido. Vemos el cuerpo volverse ánima y el ánima volverse cuerpo, casi precipitando en un aniquilamiento de ambos, y el salvamiento se da únicamente a través de la realidad de la obra, de su forma y de su color. Nosotros nos reflejamos en ella y encontramos un anclaje que, si bien seguro, no elimina la inquietud que se desprende del ser terminados y provisionales, que necesitamos de aquel *amor fati* que es el más importante, más bien fundamental, glorioso y alegre rescate de nuestra naturaleza humana.

Es el incesante camino del espíritu que en el curso de la vida conlleva a cada uno de nosotros a conseguir el resultado que encontramos en la pintura *Mutación*, en la cual la realidad individual se define en una esencia conquistada – precisamente a través de la mutación – en el transcurrir de un eterno presente. En ello las escorias de la realidad se han disuelto en un universo indistinto y el pasado de cada quien ha sido abandonado, como la vieja piel de la serpiente ha sido abandonada por la nueva. Pero la mutación es parte imprescindible de un proceso de eterno retorno para volver lo que somos, un proceso que podríamos designar con diversos nombres, como aquel que define el infinito camino del alma en el ciclo de sus reencarnaciones.

Con la humildad del caminante consciente de la precariedad y de la incógnita connatural al camino, el artista con leve ironía encierra en su moderno equipaje el mismo mundo y sus perspectivas de exclusión y de inclusión, ofuscando, trazando en el fondo amarillo azafrán de *De Vuelta* límites y posibilidades.

He aquí entonces la inquietud del ángel posarse sobre el misterio doloroso de nuestro desaparecer y sobre la osadía del renacer incesantemente prometido y denegado.

He aquí con demiúrgica persuasión que María Fernanda Cuartas ilustra la condición humana con esta complicación de la realidad y, gracias a una

certeza que podríamos casi definir geométrica, afirmar en la obra *Reencarnación* la esperanza y al mismo tiempo la posibilidad de la disipación. Hay en esta obra un uso del color rojo (color que caracteriza mucho a la artista) que hace oscilar y casi desaparecer, en el absoluto monocromatismo prepotentemente encuadrado, la terrícola resurrección del hombre, su metamorfosis a través de las crisis del tránsito y del renacer.

En este dinamismo de la naturaleza humana y de todo el universo vemos la misión del ángel – frágil ángel sobre el filo difícil que aparece en las obras de María Fernanda Cuartas – levantar el interrogante de la más grande poesía de nuestro tiempo, la de Wisława Szymborska:

*¿Existe por tanto un mundo
que domino independiente?*

Con la esperanza que la misión del ángel despliegue junto a la inquietud sus propias alas para socorrer el peregrinar de la vida, buscamos el aliento de su presencia en el trazo de esta refinada, fascinante artista.

Bruno Francisci

Escritor, crítico y curador de arte

María Fernanda Cuartas (Cali, 1967)

Es considerada entre los mayores artistas contemporáneos de Colombia, donde es conocida como “la maestra del color”. Su pintura, por la originalidad del recorrido creativo formal y estético, la impuso en pocos años no sólo a nivel nacional sino también en la escena internacional que la ve a menudo con autoridad presente en el contexto de reseñas, ferias y exposiciones en galerías y museos, y galardonada con significativos reconocimientos como los que han sido conferidos por la Biblioteca de las Comunidades Europeas de Barcelona y por la revista estadounidense Art in America. Junto a su actividad artística y entrelazada a ella, María Fernanda Cuartas nutre una particular atención a algunas entre las temáticas sociales más críticas de nuestro tiempo, como la paridad de género y la dignidad de la mujer.

RUEDA DE PRENSA

María Fernanda Cuartas es una extraordinaria artista colombiana conocida en patria como la “maestra del color” y considerada entre los más cotizados artistas de Colombia.

La llegada a Italia de las refinadas obras pictóricas presentes en la exposición “La inquietud del ángel”, abierta entre el 8 y el 18 de octubre en los salones dedicados al arte contemporáneo del Museo Nacional Villa Pisani, constituye no solo la preciosa ocasión para admirar de persona la calidad de una investigación estética con interesantes implicaciones artísticas y filosóficas a la vez, sino también la documentación interesantísima de los últimos desarrollos en el sentido cronológico de esta investigación.

Se trata de hecho de un corpus pictórico, aquel que será presente en la exposición, que representa la última fase creativa de esta todavía joven artista que, con obras realizadas todas prevalentemente en el 2015 (salvo un par del verano de 2013), testimonia el alto punto de llegada de una fascinante aventura creativa realizada en el curso de casi dos décadas.

Lo que llama inmediatamente la atención en las obras de Cuartas es una expresividad cromática y formal que sin embargo después de la mirada se abre a la esencia de imágenes conceptuales transmitidas por un universo espiritual del cual la artista es intérprete y mensajera. Es el universo maravilloso y liviano, dentro del cual la autora permite entrar a quien se acerca a su pintura con mente abierta y corazón puro y pretende recorrer los territorios luminosos del pensamiento y el firmamento de las emociones que se abren en la visión de cada una de sus obras como síntesis preciosa de una experiencia totalizante siguiendo la mirada con la cual esta visión es contemplada por la artista. “Una mirada – escribe Bruno Francisci en el catálogo de la exposición – que podemos definir valiente e inquieta a la vez, gracias a conciencia que el auténtico artista posee de la osadía contenida en cada obra finalizada a decir de la realidad más de cuanto ella, en su sustancial incomunicabilidad, aparentemente quiera y pueda transmitirnos. Es la osadía del anuncio de un misterio que debe ser acogido y visto como todo anuncio que desubica respecto a lo que ya hemos visto, hemos dicho,

hemos experimentado. Y que implica para el ángel una condición de estar en este mundo sin pertenecer a él, con toda la inquietud y a veces la angustia que esta condición implica”.

El recorrido de la investigación estética que ha realizado esta pintora con su técnica refinada y su pensamiento poético profundo debe ser atentamente reconocido como ejemplar por coherencia estilística y la relevancia de la inspiración.

Al mismo tiempo Cuartas es, como se comprende inmediatamente admirando sus obras, una artista muy culta la cual ha conquistado y metabolizado la grande tradición de la pintura occidental, desde Velásquez hasta De Chirico.